

El ministro Bird, su reverenda mujer, y los jefes de la rebelión que habían empeñado sus capitales en la capilla independiente, soñaban rosas y flores, estando mil leguas distantes de presumir la atroz, pero leal venganza de mistress Needle. Si la edificación de la capilla había sido una mina de gran estruendo, no menos fragosa fué la contramina de mistress Needle.

LXIV.

JERKERS, JUMPERS, BARKERS.

—¿Sabeis cómo logramos poner fin á la charlatanería de los ritualistas? Desacreditando al charlatán en la reputación del público. Tengo á la mano....; pero no sigo. A su tiempo sabreis cosas nuevas. Hace dos meses que mientras procurais coméroslo con vuestros sermones, le voy formando el proceso. Confío que tanto y tanto emplearé mis recursos, que tendrá que trasladar su teatro y sus muñecos á buenas ó á malas.--Así hablaba mistress Needle.

—¡De veras! ¡Ojalá tuese mañana! respondía éste.

--Yo, replicaba ella, no quiero emplear violencia, pero mi obligación á que no he renunciado, es defender las creencias de la parroquia cuyo patronato gozo, y alejar á los rapaces lobos que se presentan vestidos con pieles de cordero. Sin calumnias ni medios deshonorosos haré conocer quién es, y bastará.--

Pocos días trascurrieron desde el misterioso y amenazador coloquio cuando comenzaron á llover en el país muchas cartas que destruían cruelmente la reputación del pobre Bird y de su mujer. Según inferíase por ellas, el pretendido pastor no era sino un despreciable aventurero. Las primeras noticias que pidió mistress Needle al punto de su estancia última, la compelieron á reconocer el domicilio precedente, y así subiendo de investigación en investigación, había venido tejiendo desde un principio su historia secreta y revelando sus horrores. Por sujeción suya (la Needle conducíase con energía implacable, creyendo hacer una obra santa desenmascarando al público seductor de sus parroquianos), las cartas llegaban hoy á éste, y al día siguiente al otro padre de familia, á los cuales ella instigaba con el fin de que pidiesen informes de Bird, en pró de sus

mujeres y de sus hijas contaminadas por la capilla *birdesca*.

La más singular revelación de tales cartas era que Bird, con su bagaje de *convicciones* inmutables, había figurado en todas las escenas del protestantismo, haciendo sus papeles variados, y hallando en su repertorio bastantes profesiones religiosas para contentar á todos los espectadores.

De las relaciones acumuladas resultaba que había el reverendo ejercido la profesión de rabioso presbiteriano en Escocia; que en el país de Gales había venido á ser uno de los cuáqueros más furibundos; que en Norfolk fuera "irwingista" *archiespiritado*, y que en el Hampshire se había hecho anabaptista, recibiendo el bautismo por inmersión, á vista del pueblo que acudió para ver el espectáculo. En una cosa había sido constante: en hacerse empresario de cismas, de nuevas *conexiones*, de sectas *no conformistas*, de capillas independientes, cuyas empresas todas habían primero prosperado y caído después sobre la cabeza del fundador. Esta canción gustaba poquísimamente á los cuatro señores que habían llamado á Bird para jugar una mala partida al cura de Parque verde y á su patrona. Comenzábase á susurrar que no

era un verdadero *clerggman* del Alta iglesia pasado después á la Baja, y que hasta podía poner en duda que le hubiesen promovido al sacerdocio de una iglesia regular.

Retrocediendo más aún á los años anteriores, se halló que ántes de manifestarse presbiteriano, había vivido dos años como *agapemonita*. Todos se devanaron entonces los sesos con el fin de adivinar qué nueva raza de protestantismo sería la ignorada por el mismo vulgo de los protestantes. Al valeroso cura de mistress Needle no le costó mucho desenterrarla y descubrir sus misterios, tanto al que los quiso como al que no los quiso saber: era el Agapemon un gran instituto de piadosos creyentes, reunidos en Spaxton, cerca de Bridgewater; una especie de Nueva Jerusalén, que contenía una especie de gran Pontífice, llamado Prince, infalible, maestro de toda la comunidad *agapemonita*. Este (según afirmaba) era frecuentemente arrebatado y tenía conferencias con el Espíritu Santo, que le amaestraba en todo lo relativo al progreso espiritual de sus hijos. Con tan alto favor, no admitía en el Agapemon prosélitos pobres, queriéndolos ricos y capaces de pagar su renta abundantemente.

Los hermanos y las hermanas de la Resurrección (así se llamaban á sí mismos los habitantes del Agapemon) eran guiados por su reverendo papa, merced á una religión suave, simpática, deliciosa. Considerando que los hermanos y las hermanas, antes de abrir los ojos á la luz *agapemonita*, habrían rezado mucho, permitiales que prescindieran de los demás oficios religiosos, y hasta de la oración. ¿A qué fin orar, decía él; habiéndoseles oído? Mas bien debían rendir gracias á Dios, mostrándose alegres y venturosos por la gracia obtenida, según prescribe la Escritura: "Ama el Señor á los que le sirven con alegría."

Estriba naturalmente, por consecuencia el culto más puro del Agapemón en excitar una continua alegría: santificábanse aquellos devotos hermanos en las mesas servidas con lo mejor que proporcionaba el mercado de Londres, añadiendo meriendas y francachelas de noche por los prados; enfervorizábanse con jugos, paseos en coche, tertulias, bailes y todo género de diversiones. Salían así más dispuestos que nunca á recibir las ilustraciones de los ángeles, que sonríen con mucho placer á los espíritus gozosos. Aun cuando, en vez del buen olor de Jesucristo, corría la

voz, relativamente al Agapemon, de que los ascetas de nuevo cuño vivían mezclados como cochinos, el reverendo papa Prince, llamado á los tribunales, desvaneció todas las sospechas, asegurando á los jueces que, si bien los hijos y las hijas de la Resurrección vivían poco más ó menos confundidos, florecía en ellos un espíritu de castidad incomparable. tratándose como hermanos, y considerando cada mujer á cada hombre una biblia viviente. En aquellos ascéticos ejercicios el hermano Bird (entonces ministro independiente de aquel pueblo) se había enamorado de una hermana no fea, también caída en el Agapemon; para seguir el impulso del Espíritu Santo, la había convertido en su esposa, y era precisamente la mistress Bird á la que quiso hacer confesora del bello sexo.

Tales nuevas parecieron ágrias en Parque verde; el propósito de la monería de confesión, que iba entrando en ciertas cabezas del ritualismo más puro, se desvaneció cambiándose incontinenti en una resolución firme de no turbar los ócios del reverendo *ex-agapemonita* y de su bribona hermana. Vencía mistrass Needle, alimentando nuevas esperanzas. Para que acabase de triunfar, llegaron, por último, los in-

formes de América. El valeroso Bird, salido de la secta mencionada, sin dejar á la hija de la Resurrección, habíase alistado entre los mormones y se había hecho conducir á los Estados Unidos, á costa del os apóstoles de los santos del Lago Salado; mistress Bird, por su parte, le había hecho prometer que, llegados al país de los santos, se contentaría con ella, no tomando ninguna otra, á pesar de lo que permite á los mormones el profeta.

En Nueva York hiciéronse al reverendo Bird más ricas ofertas si quería servir á una comunión que contaba con pocos ministros *convencidos*. Aceptó la invitación y se puso resueltamente á la cabeza de una comunidad de metodistas, en un país lejano, entre pueblos populosos, ricos y corrompidos.

Allí el metodismo florecía con sus más hermosas flores en tres ramas de metodistas *jerkers*, *jumpers* y *barkers*. No se desalentó el valiente Bird al ver la numerosa grey que venía á pasar bajo su vara pastoral. Ofrecíase á todos, diciendo que seguía el consejo de San Pablo: "Heme acomodado con todos en todas las cosas, con el fin de ganar á todos en Cristo." Para cuidar de cada una de sus ovejas, según su

propio pelo, recogíalas en particulares reuniones. Comenzando por los "jerkers," ó sea por los metodistas sacudidores, atrevíase á explicarles el texto bíblico: "Todos mis huesos darán gloria á Dios." Bajo el soplo de su elocuencia imperiosa, cortada y exclamativa, los fieles sacudidores daban indicio de la llegada del Espíritu Santo, haciendo crujir los nudos de los dedos; agitaba uno después la cabeza de espalda á espalda, hacía el otro ridículos ademanes de alto á bajo, y daba otras vueltas alrededor; en breve todos movían sus miembros, comunicándose la sacra inspiración á los vecinos y á los lejanos; la junta, como si les picase la tarántula, se balanceaba y se combatía en convulsiones vermiculares; las mujeres hacían muecas y visajes para deformar el semblante santamente; los muchachos tocaban las castañuelas, y los jóvenes robustos hacían sonar las junturas de sus huesos; cada uno inventaba nuevas contorsiones é inauditos sacudimientos, hasta que saciábase la devoción universal.

Con éxito feliz semejante, nutría el ministro Bird la piedad de la perruna familia de los "barkers," ó sea de los metodistas ladradores. Exponíales el dicho del Profeta Rey: "Heme yo asimilado á un jumento,

y sin embargo ¡ó Dios! permanezco contigo." El Espíritu Santo se posesionaba inmediatamente de los devotos, los cuales respondían á la predicación con ladridos que figuraban los primeros ayes de la compunción. Después, aumentando siempre la virtud *superinjusa*, cada uno de los animales tenía en la santa congregación su representante; se oía en ella el maullido de los gatos, el aullido de los lobos, el relincho de los caballos, el gruñido de los puercos y el rebuzno de los borricos, formándose un coro estupendo de plegarias bestiales. Quién sentíase inflamado por el espíritu interno, añadía humillación á humillación andando á gatas con el fin de implorar la divina merced. Así, bajo la sábia dirección del ministro Bird, prosperaba la piedad de los ladradores.

La congregación más numerosa era la de los metodistas *jumpers*, ó sea saltadores. Bird les intimaba de cuando en cuando un *revival*, esto es, una resurrección. Los *revival* entre los protestantes metodistas son lo que las misiones entre los católicos. El ministro, conociendo perfectamente los usos y costumbres de su comunión, escogía para semejantes funciones una selva vecina, y en ella una llanura circundada de

plantas frondosas. Erigido una especie de puente de unos tres metros de altura, á lo largo del mismo y en todo alrededor, disponía una cama de heno, á fin de que muellamente se instalase allí la reunión. En el día y hora consagrados, congregábase la multitud de los fieles saltadores, sin excluir á los hermanos sacudidores ni á los hermanos ladradores, si tenían devoción de *revivarse*.

El ministro, presidente de la asamblea que ansiaba *resucitar*, subíase al puente que servía de púlpito, recorriéndolo de arriba y abajo lentamente primero y con solemnidad, en actitud de un hombre que aguarda la inspiración. Aceleraba después el paso, deteniéndose de pronto, llevándose sus manos á la frente, y emprendía de nuevo su carrera para volverse á detener, fijar los ojos en el cielo y hacer gestos que constituían el preludio de su sermón, hasta que, colmado de entusiasmo, rompía el silencio recordando el *pasaje* aquel de la Biblia: "El reino de los cielos padece violencia, y lo arrebatan los que se la hacen á sí mismos." Violento también, prorrumpía en una retabilla ruidosa de frases fantásticas y sonantes; cortaba el hilo de vez en cuando con pausas inesperadas, alter-

nándolas con reprensiones impetuosas y subitáneas, subiendo de tono ó pronunciando interjecciones de terror. Predecía males á los pecadores, recordando los castigos de Dios, las llamas rojizas en el fondo del Tártaro, y la precisión de aplacar el furor del Juez eterno, casi en actitud de fulminar sus rayos contra los impenitentes. No faltaba nunca una alusión á David *saltando* delante de la arca, con el fin de aplacar al divino Señor, ni un aluvión de textos para que los penitentes *gritasen á Dios, elevasen las manos en la oración, y rasgasen las vestiduras, pero sobre todo el corazón*. Daba él mismo ejemplo é impulso á sus ovejuelas, en actitud de un pecador contrito y temblante en todos sus miembros, apremiando poco después á los tibios y á los irresolutos con terribles gritos amenazadores.

Sucedía no raras veces que un *junper* ó una *jumpresa*, conmovidos, se arrodillaban junto al puente delante del ministro, ó de pie, con las manos en cruz, decían una plegaria que inspirábales su consuelo interior, ó la confianza del obtenido perdón ó confesaban sus propios extravíos, sus remordimientos y su terror á las divinas venganzas. Sobre todo las pecadoras eran oídas